

## INTRODUCCIÓN

### Una historia memorable

*Cada mañana nos instruye sobre las novedades del mundo.  
A pesar de eso, somos pobres en historias memorables.*

Walter Benjamin

Entre el 5 de agosto y el 14 de octubre de 2010 se vivió en el desierto chileno de Atacama una historia cuyo relato tal vez perdure a lo largo de varias generaciones. Fue la odisea de 33 mineros por volver a sus hogares durante una pesadilla que se prolongó más de 1.600 horas en la oscuridad, a 700 metros bajo tierra. Era también la carrera agónica de los ingenieros más expertos del país, las compañías mineras públicas y privadas más potentes, los psicólogos y médicos de la zona asesorados por los científicos de la NASA... 700 personas luchando por sacarlos de aquel infierno lo antes posible.

Primero fue preciso que un puñado de hombres arriesgaran sus vidas cuando la mina San José se acababa de derrumbar y era como un volcán echando polvo y humo. Alguien se tuvo que amarrar a una cuerda y meterse doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos metros bajo

tierra. Alguien que conocía ese agujero como si hubiera nacido dentro de él guio a los propios rescatadores o rescatistas, como se les llama en Chile: una, dos, tres y hasta cuatro veces. Hasta que la mina estuvo a punto de tragárselo a él y a los 30 profesionales del salvamento.

Entonces hubo que echar mano de los sondajes: unas inmensas inyecciones rebuscaron en el interior de la montaña como si fuesen la prolongación de las uñas de los ingenieros y los familiares de los mineros. Era como lanzar balas de plata de 14 centímetros de diámetro a 700 metros de profundidad. Había que buscar el refugio o el taller, donde se suponía que estaban, pero sin apuntar hacia ellos, porque las sondas se iban desviando cuanto más bajaban. Para llegar a la Puerta del Sol había que disparar hacia la Plaza de Cibeles.

Unas sondas se pasaban de largo, otras no llegaban a su destino y algunas chocaban contra una galería que no aparecía ni en los mapas del yacimiento. Los familiares presionaban a los políticos, los políticos a los ingenieros y los ingenieros se presionaban entre ellos. El 19 de agosto, un sondaje que llevaba muy buena trayectoria pasó de largo. Arriba lloró hasta el ministro de Minería. Abajo, los mineros se percataron del desvío y empezaron a rumiar la idea del suicidio.

Tres días después de aquella tremenda desilusión, al cabo de 17 noches enterrados, de la tierra salió un mensaje que podría pasar a la historia del periodismo como ejemplo de concisión: «Estamos bien en el refugio los 33». Por fin una sonda llegó a su destino. El mensaje contenía todas

las coordenadas para localizarlos y las palabras exactas que todo el mundo deseaba escuchar: ninguno había muerto. Se habían alimentado durante 17 días con apenas dos cucharadas de atún, una galleta y medio vaso de leche. Soportaron una humedad de alrededor del 90 por ciento que impregnó de hongos a una docena de ellos, alguno llegó a beber su propia orina, varios clamaban medio llorando que los sacaran inmediatamente de allí. Pero seguían vivos.

Ahora, había que construir un orificio de unos 66 centímetros de ancho lo antes posible, lo mínimo para que cupiese un adulto. Tres grandes compañías competían por ser las primeras en llegar hacia ellos. La musculatura, la agilidad y la solvencia de uno de los Estados más prósperos de América se puso a prueba. Tanto en la superficie como en el interior de la mina se vivieron situaciones de ansiedad, luchas de egos y también de abnegación, altruismo y unidad.

Arriba los políticos se empeñaron en convertir a los 33 mineros en héroes. Si surgía algún detalle incómodo, la bandera de Chile lo taparía todo. En realidad, eran mucho más que héroes: eran 33 hombres sin apenas estudios de nivel medio, algunos sin ninguna experiencia en minería, víctimas de una desgracia que tal vez se podría haber evitado si algunas de las autoridades que se empeñaban en ensalzarlos hubiese cumplido con su labor de supervisar bien el estado de las minas.

Por fin se logró construir un túnel para sacarlos. Al cabo de 69 días, alguien tendría que ser el primero en meterse por aquel agujero hasta el fondo del hoyo. Y, al cabo de

70, alguien sería el último. Alguien se habría de quedar allí abajo en soledad durante unos 20 minutos. Como en casi todas las grandes historias, siempre hay detalles ocultos, informaciones que nunca trascendieron. Incluso, en la última noche, cuando mil millones de telespectadores creían estar viéndolo todo, absolutamente todo... Incluso en aquellos momentos se produjeron diálogos desde el interior de la mina cuya transmisión al exterior fue ocultada por los técnicos de sonido. Los 33 sellaron abajo un pacto de silencio. Sin firmar ningún documento, con el mero valor de la palabra. Habían convenido explotar comercialmente su tragedia, así que era preciso no contar nada de lo que pasó abajo. Si algún medio pagaba bien, se aceptaba el dinero y se solventaba la situación con cuatro frases vagas. Sin embargo, muchos de ellos hablaron para este libro sin pedir un solo céntimo: el jefe de turno, Luis Urzúa, Mario Sepúlveda, Osman Araya, Edison Peña, Víctor Zamora, Jorge Galleguillos, Omar Reygadas... Los 17 días que vivieron incomunicados fueron terribles. Pero cuando ya se les contactó, cuando ya se les alimentó y tomaron fuerza, también vivieron situaciones que los periodistas que cubríamos a diario el rescate jamás habríamos sospechado.

En este relato no hay espacio para la ficción. Lo que no presencié durante los casi dos meses al pie de la mina, me lo contaron los propios mineros o sus padres, esposas, novias, hermanos, hijos, compañeros, amigos íntimos. No faltó un solo minero con cuyos familiares no se hablara. Fue también primordial la ayuda de la matrona Mabel Ríos, quien atendía la llamada de los mineros desde lo alto

de la mina y ejerció de enfermera, psicóloga y ángel de la guarda con algunos de ellos. Igualmente me detallaron su propia versión los camarógrafos miembros del equipo de rescate, los técnicos de sonido, los encargados de instalar las videoconferencias entre mineros y familiares, el coordinador de los sondeos, el ingeniero Miguel Fortt, que asesoraba a los familiares, los rescatistas, chóferes, capataces, perforistas y hasta el gerente de la empresa propietaria de la mina... Colaboró el submarinista de la Armada que orientaba cada día a los mineros y a quien ellos preguntaron cómo se las arreglaba para controlar el deseo sexual en el submarino. También me ayudó el cerebro y coordinador del rescate, André Sougarret, su mano derecha, René Aguilar, y la mano derecha de su mano derecha, Ovidio Rodríguez. Además, fueron fundamentales los testimonios del psicólogo que los atendió en todo momento, Alberto Iturra; del colega que lo ayudó durante los cinco días de las fiestas del bicentenario, Claudio Ibáñez; y del psiquiatra encargado de efectuar su seguimiento a lo largo de varios meses una vez que fueron rescatados, Rodrigo Gillibrand.

A veces, en medio del flujo de información constante aparece una historia memorable que exige su tiempo y su espacio para ser narrada. Uno se queda con la impresión de que puede convertirse en mejor persona con solo dedicarle la atención que merece.